

JEAN-FRANÇOIS REVEL

NACIONALISMO Y RACIONALISMO

El terrorismo que continúa ensangrentando Europa occidental durante este último cuarto de siglo figurará, sin duda, como un enigma histórico para nuestros descendientes. Ellos vivirán probablemente en sociedades menos democráticas y más pobres que las nuestras, menos humanas, menos tolerantes y menos respetuosas de las minorías. Esta es la reflexión que me hice durante mi reciente viaje al País Vasco español. Este interrogante me perseguía, una vez más: ¿por qué, a pesar de la instalación de un régimen democrático en la Península a partir de 1976, a pesar de la adopción en 1979 del Estatuto de Autonomía y su aprobación por referéndum popular, por qué la violencia y el asesinato continuaban?

Esta pregunta la he hecho constantemente a los amigos que me acompañaban en este viaje, periodistas y escritores vascos o no, especializados en los problemas de Euskadi. La he planteado a historiadores, autores de obras prestigiosas y a dirigentes políticos. Todos, sin excepción, tras enumerar lo que se podría llamar las causas normales de la insatisfacción vasca, causas históricas, recientes o antiguas, tras haber analizado numerosos motivos actuales de decepción y de irritación, las dificultades económicas, la mala voluntad atribuida a Madrid en la aplicación integral de Estatuto, todos, a fin de cuentas, terminaban por convenir que se desembocaba en un factor desconocido, un "X" irracional, que escapaba al análisis y que hacía totalmente inexplicable la supervivencia del terrorismo en 1983.

Esta misma confesión de una impotencia de la razón ante el fenómeno terrorista la he encontrado luego en la extraordinaria conversación de Julio Caro Baroja con Ander Landáburu (*Cambio 16*, No. 605). El eminente antropólogo no dudaba en describir el País Vasco como un "país enfermo", un caso de "patología social", de "mentalidad arcaizante". El ve la huida hacia el terrorismo como una manera de rechazar el "principio de realidad", habría dicho Freud, de huir de la complejidad de los hechos y, en el fondo, de la democracia misma.

Pero, ¿qué es la racionalidad en política? Si consiste en concebir y poner en práctica acciones adaptadas a sus fines, con vistas a alcanzar objetivos realizables, entonces la violencia constituye, a veces, una de estas acciones apropiadas. La guerra, la insurrección, el terror pueden ser armas racionales cuando se nos priva de todos los otros medios. Incluso cuando son suicidas, esas armas pueden constituir al menos el signo de rechazo absoluto, de protesta suprema, del "no" de la muerte ante la opresión. Pero ¿no es falso, no es incluso un poco ridículo, para un vasco de hoy, considerarse en tal extremo?

La locura de ETA consiste en perpetuar bajo una democracia y contra una democracia los razonamientos y los comportamientos que fueron elaborados bajo Franco y con rela-

ción a Franco. Ahí está la paradoja fundamental y, yo diría, la cobardía esencial del terrorismo casi por todas partes actualmente. Se dirige principalmente contra democracias que por naturaleza se prohíben defenderse por medios totalitarios. En los verdaderos sistemas de opresión hoy, no hay terrorismo, porque la policía en esos países es muy eficaz para que pueda haberlo, la vigilancia de cada ciudadano es demasiado estrecha para permitir la subversión clandestina, las fronteras están bien guardadas para que pueda llegar la ayuda extranjera.

Por supuesto, ETA ha probado su coraje luchando contra Franco, en la época en que los riesgos de la represión eran altos. Pero el delirio político comienza a partir del día en que, para poder justificar su existencia, ETA decreta que no hay diferencia entre el Estado franquista y el Estado democrático nacido del sufragio universal.

Este delirio político es común a los principales terrorismos occidentales: obstinarse en querer obtener sólo por la violencia lo que puede obtenerse perfectamente por la negociación. La "Rote Armée Fraktion" de Baader en la RFA, las Brigadas Rojas en Italia creyeron legitimarse imaginándose siempre estar bajo el nazismo y bajo el fascismo. Sus militantes decretaron que la "violencia revolucionaria" era el único medio de defender al "proletariado" en años en que jamás la prosperidad, la solidaridad habían alcanzado nivel más alto, cuándo jamás las garantías del Estado-Providencia habían protegido tanto al individuo contra las incertidumbres de la condición proletaria, contra la enfermedad, la vejez, el paro incluso. Sabiendo que sus ideas sobre su propia sociedad estaban condenadas a quedar minoritarias, estos terroristas venían, por consiguiente, a rechazar la noción misma de democracia y de voto. La violencia pura se convierte entonces en el único medio de escapar a la marginalidad política. Numerosos terroristas "arrepentidos" italianos han descrito, después de haber actuado, cómo esta construcción mental aberrante había tomado posesión de sus espíritus. Les era necesaria, como una droga, para hacer tragar a su consciencia asesinatos que, sin el trance ideológico, se les hubieran presentado como cobardes y repugnantes. La vuelta a la realidad es siempre dolorosa para estos terroristas: arrastra la necesidad de volver a empezar a ganarse la vida de forma normal, a la cual muchos de ellos se han revelado incapaces a causa del marasmo moral, el asco de sí mismos, el miedo a ser ejecutado por sus antiguos compañeros.

Tocamos aquí un nuevo factor: la tendencia de la comunidad terrorista a perseverar en su ser, a perpetuarse más allá de las condiciones que han provocado su formación. Al género de vida terrorista no le faltan ni ventajas ni encanto, sobre todo cuando se le practica bajo una democracia, y por tanto con un mínimo de riesgo. Dinero fácil, vida excitante, senti-



miento de ser un héroe, posibilidad de vivir de robos, de raptos y de crímenes justificándose con que es para defender una causa noble, fraternidad entre miembros de una sociedad secreta, todos los ingredientes están reunidos para tentar a aquellos a quienes aburre la banalidad del esfuerzo cotidiano y la búsqueda del compromiso, propia a toda civilización. A partir de ahí, la justificación política de la violencia podría muy bien no ser más que la "superestructura ideológica", en el sentido marxista, que sirve para legitimar una actividad delincuente y un "código de honor", análogo si no idéntico al de la mafia. (No olvidemos que los primeros mafiosos eran justicieros.) Además se sabe que en Italia y en Córcega la sociedad terrorista y la mafia se han compenetrado y ayudado (o denunciado) a lo largo de los años. Numerosos miembros del IRA irlandés son hombres que desde la adolescencia no han sido nunca otra cosa que terroristas y sería muy difícil readaptarlos a otro oficio.

Ciertamente no hay que exagerar pero tampoco hay que despreciar esta propensión de una organización clandestina a prolongar su existencia, por razones materiales y psicológicas, en el momento en que desaparece el contexto original que lo hizo nacer. Es en este momento, por lo demás, cuando interviene más eficazmente la recuperación de terroristas diversos por el terrorismo internacional, por los servicios especiales y las redes de entrenamiento y de financiamiento de los países del Este. Cuando los terroristas se han convertido en "profesionales", cuando el grupo terrorista se ha estructurado como una empresa o una burocracia, cuando los hombres que lo comandan están tan habituados a lo que hacen que dejan de preguntarse para qué sirve aquello, entonces suena la hora de integrarse a una Internacional terrorista, que es a la vez el FMI y el Club Mediterráneo de la violencia sanguinaria.

Sin embargo, en el País Vasco, como en Córcega y en Irlanda del Norte, la dimensión nacionalista introduce un elemento esencial que no existe en los terrorismos de tipo político puro, como los terrorismos italiano o alemán. El resentimiento cultural de una etnia original, antes dominada y humillada en sus costumbres, su lengua, a veces su religión, este resentimiento es lo más inextinguible del mundo. Los armenios y los kurdos son, además, otros ejemplos. La dimensión cultural es tan específica que se encuentra tanto en Eusdaki, cuyo desarrollo económico es desde hace tiempo superior a la media española, como en Córcega, provincia subdesarrollada en relación a la media francesa. La insatisfacción económica corsa no es, pues, el fondo del problema. Y el dinamismo económico vasco no calma el nacionalismo que, al parecer, sigue siendo el motor fundamental de la agitación, aunque ETA se ha vestido desde su Tercera Asamblea, en 1964, de harapos marxistas, de un estilo vagamente albanés, que no pasarán a la posteridad como una alta manifestación del genio filosófico vasco.

Pero, en la práctica, la diferencia capital entre un terrorismo de esencia nacionalista y un terrorismo estrictamente ideológico reside en el comportamiento de la población. En Alemania y en Italia, la población ha estado muy rápidamente, casi toda entera, contra los asesinos. En un clima nacionalista, incluso la parte de población que desapruaba secretamente a los terroristas, no acepta ni combatirlos ni denunciarlos, ni siquiera rechazarles una ayuda logística. Es por lo que la traducción del conflicto en términos racionales es tan difícil: en efecto, hasta los ciudadanos que son capaces de pensar racionalmente quedan pasivos ante la locura. La solidaridad "tribal" se mezcla con el miedo a las represalias

para obstruir el camino al razonamiento político realista y responsable.

¿Quién, qué fuerza puede volver a abrir el camino a la racionalidad política? A un observador exterior le parecerá que este rol central incumbe, del lado vasco, al Partido Nacionalista Vasco. ¿En qué se basan las tensiones entre Vitoria y Madrid? En la aplicación legal del Estatuto de Guernica. Es aquí donde el PNV, en tanto que partido, y el lendakari Garaicoechea, en tanto que jefe del Ejecutivo de la autonomía, deberían disipar todo equívoco: o bien el descontento vasco relativo a la aplicación del Estatuto concierne real y solamente a la aplicación demasiado lenta de este Estatuto; o bien las recriminaciones, incluso fundadas, sobre la aplicación del Estatuto son un simple recubrimiento tras el cual se oculta una voluntad de reivindicar la independencia.

En la primera hipótesis, no hay ninguna razón para convertir en tragedia permanente lo que es la vida política normal, hecha siempre de lentitud, de negociaciones, de obstáculos y de obstinación. Ninguna reforma ha sido nunca aplicada con un golpe de varita mágica. El Estatuto confiere a Euskadi un grado de autonomía regional único en Europa. Es necesaria una generación para hacerla pasar íntegramente a la realidad. Si ese es el objetivo, el único objetivo del PNV, debe decirlo y en consecuencia Vitoria debe combatir a ETA con la misma energía que lo hace Madrid.

Si la segunda hipótesis es exacta, es decir, si el PNV, tras su batalla por el Estatuto, oculta otra batalla por la independencia, también debe decirlo. Mido la enormidad de lo que adelanto, pero creo que clarificar esto sería saludable. Tendría la ventaja de hacer pasar la independencia del estadio de fantasma irracional al estadio de problema técnico. El País Vasco independiente, ¿comprende Navarra y Euskadi Norte? Si es así, ¿qué modalidad de negociaciones proyecta Vitoria con París? El español sería segunda lengua obligatoria (después del vasco), ¿para los francófonos también? La futura nación vasca independiente, ¿adoptaría el socialismo marxista como base de su Constitución, como lo quiere ETA? ¿Qué grado de colectivización de las tierras y de las fábricas implicaría esto? ¿Cómo se plantearía entonces el problema de la integración de Euskadi a la CEE? ¿Cuál sería la moneda del país? ¿Nacionalizarían las filiales de las multinacionales extranjeras?

Todas estas preguntas y mil otras aún constituirían un excelente ejercicio intelectual. Después de todo Quebec se porta mucho mejor desde que se planteó en términos explícitos los problemas de su independencia, con todas sus implicaciones económicas, diplomáticas, militares, políticas, culturales, para discutir sus implicaciones durante una campaña electoral democrática, y no con metralletas y para terminar finalmente en un referéndum, por lo demás, perdido por los independentistas del PQ (Partido Québécois). Madrid no debería encontrar sacrílega esta discusión abierta, que ofrecería la ventaja de una vuelta a la lógica. El PNV debería salir de la ambigüedad, ya que es la ambigüedad la que alimenta los fantasmas paranoicos del terrorismo actual. Nada real justifica hoy el terror en tierra vasca.

Churchill decía de la Francia de 1940: "Un país que posee 400 clases de quesos no puede morir". Como enamorado del País Vasco, yo diría por mi modesta parte: no se puede dejar asesinar y fascistizar por sus propios hijos a una civilización que ha inventado las sociedades gastronómicas de San Sebastián.